

también se encarga de subrayar el editor: cualquier estudioso de Zambrano encontrará sin duda pistas que confirmen cómo el interés de la discípula se centra ya en algunos temas y categorías orteguianos como el amor y la vocación, por ejemplo, cuyo desarrollo constituirá el camino que acabará separando su reflexión de la razón histórica de su maestro. Muy oportuna a este respecto es la inclusión del segundo anexo que reproduce un artículo de 1933 de Zambrano con motivo de la publicación de las *Obras completas* de Ortega, "Señal de vida", y en donde ya se aprecia que algunas categorías que serán centrales en el posterior desarrollo del pensamiento de la filósofa como

la trascendencia misma de la vida, ancla sus raíces en la idea orteguiana de la trascendencia de la vida sobre cualquiera de los actos por ella realizados y en donde Zambrano ya intuye esa forma de trascendencia que es el destino y como no, la vocación.

Dos ediciones estas que no defraudarán y en las que se percibe además el palpito de esa luminosa hora del pensamiento español en donde autores de la talla de Ortega y sus discípulos, confluían con revistas como *Cruz y Raya*, *Revista de Occidente* y la misma *Revista de Pedagogía*, cuyo contenido demostraba que en España, la educación aún se consideraba amiga del pensamiento filosófico.

MENESTER DE SOLEDAD

GARAGORRI, Paulino: *Goethe y el epílogo de La rebelión de las masas*. Madrid: Caro Raggio, 2006. 133 p.

CONCHA D'OLHABERRIAGUE
ORCID: 0000-0003-4269-3266

La pasada primavera y gracias al acierto de la editorial de la familia Baroja vio la luz en la colección "Cuadernos de Adán", en una sobria edición rústica en tonos pastel con viñetas rematando cada texto, el último libro de Paulino Garagorri: *Goethe y el epílogo de La rebelión de las masas*.

Procede el título del primero de los cinco ensayos reunidos, una conferencia inédita pronunciada por don Paulino

en la Fundación Juan March de Madrid con motivo del cincuentenario de *La rebelión*. Mentiría si dijera que me ha sorprendido la actualidad de este texto o la de los restantes: "Ironías de la historia" (con minúscula, nótese), "Hacia la reforma del hombre mismo", "El futurismo como alienación"; pues con la sola enumeración se adivinan y resuenan problemas no perennes –ello aludiría a una abstracción idealizante poco acorde con el autor– pero sí recurrentes en su varia y precisa concreción.

A sus noventa años cumplidos, y alejado hace lustros de las aulas y los escenarios públicos, no por ello ha dejado Garagorri de conversar, leer y escrutar

Cómo citar este artículo:

D'Olhaberrriague, C. (2006). Menester de soledad. Reseña de "Goethe y el epílogo de "La rebelión de las masas" de Paulino Garagorri. *Revista de Estudios Orteguianos*, (12/13), 249-252. <https://doi.org/10.63487/reo.642>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 12/13. 2006
mayo y noviembre



con oído fino y ojo atento lo que nos pasa, ni ha cesado de laborar en ese “menester de soledad” que es la filosofía para José Ortega¹.

Editor de la obra póstuma de su maestro, tal vez sea Garagorri quien mejor haya quintaesenciado los temas y el método de la razón vital. Con una prosa límpida y una extraordinaria capacidad de síntesis se plantean en los antedichos ensayos cuestiones tales como la necesaria aceptación del carácter antinatural de la bondad o la racionalidad, siendo así que lo espontáneo en el hombre es más bien la violencia y la tendencia a la irracionalidad; el imperativo de aceptar la realidad con sus propios defectos y limitaciones; la recomendación de que los espíritus avanzados desvelen el engaño que anida con frecuencia en lo que otrora se formuló como promisor y no dejen de explorar lo que se barrunta como venidero; la reforma y radicalización de la idea de progreso con el fin de que incluya, con preferencia, el ascenso del nivel mental del individuo y no se conforme con la mera elevación del nivel de vida.

Mas el interés de estas gotas de razón vital descansa principalmente en la oportunidad de las propuestas y preguntas formuladas y en la actitud inquiriente, es decir filosófica –en sentido primigenio y ejecutivo– que de ellas se desprende. Al lector atento deja Garagorri en posesión de la palabra.

¹ La cita está extractada del “Aviso preliminar” que presenta los ensayos que estamos comentando: “La filosofía no es un decir a otro, sino un decirse a sí mismo. No es faena de sociedad sino menester de soledad” (p. 9).

Razonar la vida sin grandilocuencia, partiendo de la aceptación serena de las manquedades y aun peligros que pueden desprenderse de la deficiente condición del hombre es receta que, si no sana, minimiza y atempera los errores y desgracias debidos a cálculos y programas ilusos, que pasaban por alto la concreta y auténtica catadura humana. No es, por tanto, un mero asunto de índole intelectual o rigor conceptual. Las implicaciones calan hasta lo más hondo y se inmiscuyen sin previo aviso allá donde se asienta la frágil e inestable felicidad.

Así, por ejemplo, en “Goethe y el epílogo de *La rebelión de las masas*” plantea nuestro autor un asunto que, sospecho, dista mucho de estar zanjado o esclarecido, máxime si tenemos en cuenta el mundo de la política. Se trata de la idea de la igualdad de los hombres convertida, pese a las enseñanzas y desmentidos de la historia, en principio regulador *cuasi* sagrado por intocable. Me pregunto si sus valedores contemporáneos saben, como recuerda Garagorri, que “[...] esa noción política no es sino la inoportuna recepción secular de un concepto transnatural: la igualdad de las almas incorpóreas” (*ibidem*, p.46).

Del escueto artículo “Ironías de la historia” –publicado como los tres que le siguen en distintas revistas en los años sesenta y revisados por su autor ahora–, quiero recuperar un par de cuestiones que destacan por su actualidad. Es la primera el vaticinio de que la sociedad venidera pudiera resultar una suerte de “socialismo de los innumerables pequeños burgueses” (p. 57), y, la segunda, la exhortación a analizar a

fondo el concepto de “nivel de vida” y muy en especial su corolario: el Welfare State (p. 59).

Así lo hace el propio Garagorri en “Hacia la reforma del hombre mismo”. Cuando se esgrime este cliché de “nivel de vida”, arguye, se produce un engaño que hurta la complejidad del asunto y viene a reducir la vida del hombre a los meros aspectos biológicos². No obstante –y ahí es donde se asienta la confusión– aparentemente se alude a la vida en su integridad; lo cierto es, sin embargo, que se desatiende todo aquello que hace del hombre el “animal anómalo” o, como mostró Darwin y recuerda el autor, “el animal venido a más”. Por otra parte, es muy dudoso que la vida sea susceptible de medida, máxime si se trata de la vida personal, siempre una y única.

Garagorri sugiere, en fin, rescatar la vieja y arrumbada promesa de la Constitución francesa de 1848 que habla del progreso en la elevación del nivel mental, al menos en calidad de programa tal vez realizable algún día. Ahora bien, el ascenso del nivel mental no comporta, frente a lo que acaece con la mejora de los bienes materiales, una subsiguiente satisfacción del individuo. Sucede, muy al contrario, que la insatisfacción de sí mismo es la principal inspiradora del nivel mental.

² Ortega advirtió del reduccionismo que encierra el término “biología” que debiera, en rigor, haberse llamado zoología. Al acuñarlo Lamarck para la acepción de todos conocida, quedó inutilizado para lo que él denomina “Teoría de la vida humana”. Véase “Pasado y porvenir para el hombre actual”, conferencia pronunciada en Ginebra en 1951. *Oe83*, V, 650. Madrid: Revista de Occidente/Alianza Editorial, 1983. IX, 650.

De “El futurismo como alienación” pueden extraerse con provecho algunas observaciones que quizá ayuden al diagnóstico de la variable “autenticidad” en el hombre de nuestro tiempo. Es la primera la alienación en un mundo opulento y, principalmente, en relación con el ocio y las complejas y mastodónticas formas que adopta hoy en día.

Completa el volumen un antiguo trabajo que lleva por nombre “Los caminos de Cervantes (algunos ejemplos)”, exponente de otra notable faceta del autor, la de crítico de la cultura, una de las líneas transitada también por Ortega y, a fin de cuentas, por la fenomenología, que tanto anduvo por esta senda, como bien ha mostrado Javier San Martín³.

Comenta Garagorri la obra cervantista de Américo Castro, discípulo predilecto de Menéndez Pidal, y la indudable presencia que en ella se aprecia de la orteguiana razón vital.

Es una lástima que la celebración el pasado año del cuarto centenario de la publicación de la primera parte del Quijote, con el agobiante y desnortado aluvión de actos que nos propinaron las autoridades, no acertara a rescatar esta más que sugerente correlación aún inexplorada –que sepamos– en todas sus implicaciones.

Destaca asimismo don Paulino que exégetas de Cervantes tales como Valera, junto a Ortega y el mismo Castro, han hecho notar la hipocresía y el fingimiento, rasgos opuestos al erasmismo

³ Puede consultarse, en especial, *Teoría de la cultura*, Madrid, Síntesis, 1999.

pero que no obstante conviven con él en la obra del escritor de Alcalá de Henares. Reflejaría esta doblez una cierta defensa del desvalimiento y la impotencia del individuo frente a los poderes de la época.

Los encargados y organizadores de conmemoraciones de esta laya debieran quizá cuando menos tomar nota de la siguiente recomendación de Garagorri (p. 115): "Para poder comprender, sin las tópicas anteojeras, al genial escritor que él fue, y la sutileza subterránea que se gasta en sus páginas, hay que descolgarle de los altares erigidos por la erudición roma y la beatería ante las glorias nacionales y recorrer su concreta biografía".

No quiero pasar por alto otra discreta y aun hoy poco atendida propuesta del autor de este libro. Viene a ser el principio teórico al que se atenía al elucidar la "heroica hipocresía" –así la de-

nominó Ortega– de Cervantes que mencioné anteriormente. Recuerda Garagorri, enmendando espejismos de positivismo e idealismo –derivadas que parecen estar al acecho en todo tiempo–, el carácter espiritual y por tanto interpretativo de toda experiencia humana, incluida la creación literaria.

A la autonomía textual postulada por ciertas escuelas estructuralistas y practicada más de una vez por los idealistas, contrapone la necesidad de referir los hechos al solo lugar que permite su interpretación no desarraigada y cabal: las vivencias de la realidad radical. Con la aparición de este libro de Paulino Garagorri regresa entre nosotros un pensador singular por la agudeza de su mirada y la mesura y concisión de su estilo. En sus páginas rebrotan fecundas las enseñanzas orteguianas con sesgo propio. Sin duda, una grata noticia.

ESPACIO Y TIEMPO EN LOS PAISAJES DE ORTEGA

El Madrid de José Ortega y Gasset, edición de José Lasaga. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Residencia de Estudiantes, 2006. 477 p.

JUAN FRANCISCO FUENTES

Entre las iniciativas más brillantes que han tenido lugar con motivo del cincuentenario de la muerte de José Ortega y Gasset se encuentra sin duda la exposición en la Residencia de Estudiantes clausurada el pasado mes de julio. Cen-

trada en el Madrid de Ortega, en ella se recorría la relación sentimental y cultural entre el pensador y su ciudad natal, al tiempo que, desde una perspectiva más amplia, se planteaba el papel que en su obra filosófica desempeñó el paisaje como elemento de incitación al pensamiento. El catálogo de aquella exposición ilustra esta doble dimensión de su obra –la relación con Madrid y la relación con el paisaje– no sólo con la reproducción de algunas de las piezas más importantes de la muestra, sino con dieciséis ensayos de algunos de los

Cómo citar este artículo:

Fuentes, J. F. (2006). Espacio y tiempo en los paisajes de Ortega. Reseña de "El Madrid de José Ortega y Gasset" de José Lasaga. *Revista de Estudios Orteguianos*, (12/13), 252-256. <https://doi.org/10.63487/reo.643>

